

Redacción y composición

Microcuentos: definición,
estructura y ejemplos

Clase 9

Introducción

Los textos literarios se diferencian de los informativos y académicos en que no se limitan a la transmisión de datos o argumentos, sino que buscan suscitar emociones, estimular la imaginación y proporcionar experiencias estéticas. Dentro de este cosmos, los géneros narrativos y líricos desempeñan un papel esencial. Los narrativos cuentan historias, aunque sean muy breves, mientras que los líricos expresan sentimientos o impresiones del autor. Si en las clases anteriores nos referimos a textos que funcionaban como vínculos hacia el saber académico, en este curso nos dirigimos hacia formas que proporcionan oportunidades para la sensibilidad y la creatividad.

Entre estas manifestaciones destacan los microcuentos y los haikus. El microrrelato condensa en unas pocas líneas lo que, en una novela, podría abarcar decenas de páginas: personajes, acción y, frecuentemente, un desenlace imprevisto. Se asemeja a un estímulo que activa la imaginación del lector. El haiku, por su parte, es un poema de origen japonés que transmite la contemplación de un instante con apenas diecisiete sílabas. Es breve, pero sugiere mucho más de lo que dice literalmente. Ambos géneros muestran que, en literatura, la brevedad no es sinónimo de superficialidad, sino de intensidad y precisión.

Contenido

CLASE 9

RDA2: Identificar los elementos clave que conforman los diferentes tipos de texto, a partir de los modelos de escritura y la elaboración de guías, que permitan la redacción de textos académicos y creativos.

9.1 Microcuentos: definición, estructura y ejemplos

El microcuento es una de las formas más fascinantes de la narrativa contemporánea. Se caracteriza por su extrema brevedad, pero dentro de esa limitación encierra mundos completos. Si una novela es como una película de dos horas y un cuento clásico como un cortometraje, el microcuento sería una fotografía que, en un solo instante, insinúa toda una

historia. Su poder radica en lo que dice, pero también en lo que deja en silencio, invitando al lector a completar la escena con su imaginación.

Figura 1. *Consejos para un microcuento*



Nota. La figura sintetiza recomendaciones prácticas para redactar un microcuento, resaltando la importancia de la brevedad, la precisión en el lenguaje y el impacto narrativo. Tomado de *Consejos para un microcuento*, de Pinterest, s. f. <https://www.pinterest.com/pin/61080138695778744/>

Definir al microcuento implica reconocer tres rasgos esenciales: concisión, intensidad y sugerencia. La concisión se refleja en su extensión, que puede variar desde una sola frase hasta un par de párrafos. La intensidad surge de la capacidad de atrapar al

lector con apenas unas palabras. Y la sugerencia es la magia del género: no todo está dicho, pero todo está insinuado. Esto convierte al lector en un cómplice que debe leer entre líneas para descubrir lo que la historia no declara de forma explícita.

La estructura del microcuento suele incluir los elementos básicos de la narración: un planteamiento, un conflicto y un desenlace. Sin embargo, estos aparecen de manera condensada. A veces el planteamiento ocupa apenas una línea, el conflicto se insinúa en una palabra y el desenlace sorprende con un giro final. La economía del lenguaje no significa ausencia de recursos narrativos, sino uso cuidadoso y preciso de cada palabra. En un microcuento, eliminar o añadir una sola frase puede alterar completamente el efecto buscado.

Un ejemplo clásico es el famoso microcuento atribuido a Ernest Hemingway: “*Se venden zapatos de bebé, sin usar.*” Con solo seis palabras, el texto plantea una situación, sugiere un trasfondo doloroso y deja al lector reflexionando sobre las posibles historias detrás de ese anuncio. Aquí se cumplen los principios del microcuento: brevedad extrema, intensidad emocional y sugerencia poderosa.

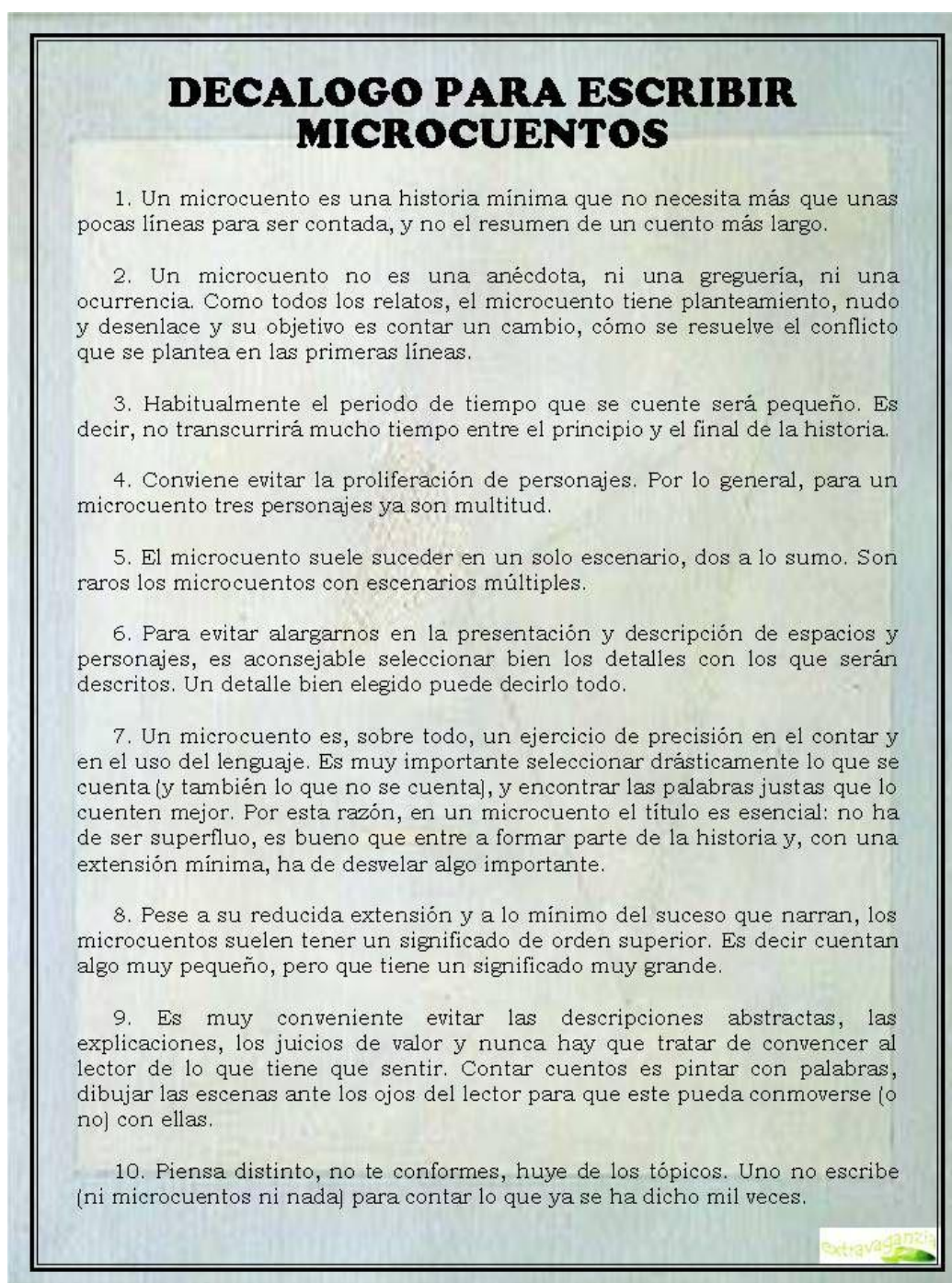
Otro ejemplo, esta vez de Augusto Monterroso, es “*Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.*” En una frase, el autor genera sorpresa, humor y desconcierto. No sabemos qué personaje despierta ni por qué hay un dinosaurio, pero esa ausencia de datos es precisamente lo que hace funcionar el relato. El lector se ve obligado a llenar los vacíos, y en ese ejercicio se activa su imaginación.

En el ámbito hispanoamericano, el microcuento ha tenido un gran desarrollo en el siglo XX, con autores como Julio Cortázar, Juan José Arreola o Ana María Shua. En la actualidad, las redes sociales han dado nuevo impulso a este género: plataformas como Twitter o Instagram se han convertido en espacios ideales para la circulación de microcuentos, donde la limitación de caracteres potencia la creatividad.

En definitiva, el microcuento es un género literario que demuestra que no siempre se necesita extensión para contar una buena historia. Con un puñado de palabras, puede

conmover, sorprender o intrigar más que un texto extenso. Su fuerza radica en la precisión, en la capacidad de insinuar más que de explicar y en dejar una huella duradera en el lector.

Figura 2. *Decálogo del microcuento*



Nota. La figura resume diez principios prácticos para escribir microcuentos eficaces, destacando concisión, precisión léxica, sugerencia implícita y cierre con impacto. *Nota.* Adaptado de *Decálogo del microcuento*, de autor no identificado, s. f., Pinterest: <https://www.pinterest.com/pin/1477812369773342/>

Para revisar ejemplos de microcuentos, visita el siguiente link: <https://www.zendalibros.com/5-microcuentos-augusto-monterroso/>

9.1.1 Elementos narrativos breves

Aunque el microcuento se distingue por su brevedad, no prescinde de los elementos esenciales de toda narración. Estos siguen presentes, pero aparecen en una forma condensada, como si fueran destellos de una historia mayor. Es un poco como cuando se observa una miniatura: no tiene el tamaño de una escultura monumental, pero contiene los detalles suficientes para que el espectador imagine la pieza completa.

El primer elemento es el personaje, que muchas veces aparece solo insinuado. En un cuento tradicional, conocemos su nombre, su pasado y su carácter. En un microcuento, en cambio, basta una palabra para darlo por sentado. Tomemos por caso del texto de Monterroso: *“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.”* El personaje que despierta nunca es descrito, pero sabemos que existe y que es fundamental en la acción. Esa economía de detalles obliga al lector a completar el perfil del protagonista con su propia imaginación.

El segundo elemento es el espacio, que también suele estar reducido al mínimo. Puede ser apenas una referencia, como “la plaza”, “la habitación” o “la oficina”. No es necesario detallar colores, olores o dimensiones, porque lo importante es situar al lector en un escenario reconocible. De nuevo, la clave está en la sugerencia: una sola palabra basta para evocar todo un ambiente.

El tercer elemento es el tiempo, que en microcuentos puede condensarse en un instante o abarcar siglos, dependiendo de la manera en la que se formule la narración. En el ejemplo de Hemingway: *“Se venden zapatos de bebé, sin usar”*, el tiempo es implícito:

el anuncio remite al pasado (algo ocurrió que impidió usar esos zapatos) y proyecta al futuro (alguien podría comprarlos). Sin narrar una secuencia explícita, se abre una línea temporal completa.

El cuarto elemento es la acción, sin la cual no hay historia. En el microcuento, la acción puede ser mínima, como “despertó” o “compró”, pero suficiente para desencadenar una reacción en el lector. La fuerza de la acción está en su capacidad de insinuar un conflicto o de generar un desenlace en pocas palabras.

Finalmente, está el narrador, que en un microcuento se convierte en una voz muy eficaz. Puede ser omnisciente, como en Monterroso, o testigo, como en muchos microrrelatos contemporáneos. Lo relevante es que esa voz, aunque breve, transmite toda la carga narrativa.

Un microcuento funciona como una semilla: contiene en sí misma la posibilidad de un árbol entero, pero solo muestra lo esencial. Los elementos narrativos no desaparecen, sino que se concentran al máximo, de tal manera que cada palabra adquiere un peso decisivo.

9.1.2 Sorpresa o giro final

Si hay un rasgo que hace brillar al microcuento, es su capacidad para sorprender. En apenas unas líneas, el texto conduce al lector hacia un desenlace inesperado que cambia por completo la interpretación de lo leído. Este recurso, conocido como giro final, es uno de los sellos más característicos del género.

El giro puede entenderse como la chispa que enciende todo el relato. Es similar a lo que ocurre en una buena broma: la gracia está en el remate, en ese último momento en que cambia el sentido de lo anterior y provoca un efecto inesperado. En literatura, ese efecto no busca hacer reír necesariamente, sino despertar asombro, desconcierto, emoción o incluso inquietud.

Un ejemplo clásico es el microcuento de Augusto Monterroso: “*Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.*” Durante toda la frase, el lector cree que se trata de un despertar cotidiano, hasta que la palabra “dinosaurio” irrumpe de forma absurda y sorprendente. La brevedad del texto potencia el giro, porque no hay tiempo para prepararlo: aparece de golpe y obliga al lector a reinterpretar todo lo que acaba de leer.

Otro caso famoso es el atribuido a Ernest Hemingway: “*Se venden zapatos de bebé, sin usar.*” Aquí, el giro no está en la última palabra, sino en la revelación implícita. Lo que parece un simple anuncio comercial esconde una tragedia latente. El lector, al llegar al final, descubre un trasfondo doloroso que no se menciona explícitamente, pero que se siente con fuerza. El giro final no siempre es un truco de sorpresa; a veces es una puerta abierta a una emoción inesperada.

El giro también puede funcionar como un quiebre de expectativa. Pensemos en un microcuento ficticio: “*Miró al espejo con desconfianza. Al fin, su reflejo sonrió primero.*” La sorpresa está en el detalle final, que rompe la lógica realista y abre un espacio inquietante. En este tipo de giros, lo cotidiano se desestabiliza, y esa ruptura genera el impacto literario.

Un microcuento sin giro puede resultar correcto, pero suele carecer de la fuerza que caracteriza al género. Es como una película sin clímax: puede ser entretenida, pero no deja una impresión duradera. El giro final, en cambio, le da al relato una especie de “descarga eléctrica” que permanece en la memoria del lector.

Por eso, al escribir microcuentos, conviene pensar en el desenlace como el núcleo del texto. Todo lo anterior —los personajes, el espacio, la acción— prepara el terreno para que el final tenga sentido y, al mismo tiempo, sorprenda. Un buen giro no es un truco gratuito: debe ser coherente con lo insinuado en el relato, aunque aparezca de manera inesperada.

El microcuento demuestra que la literatura no necesita grandes extensiones para impactar. A veces, basta una frase que termine con un giro brillante para que el lector quede pensando en esa historia mucho tiempo después de haberla leído.

9.2 Haikus: definición, métrica y tema

El haiku es una de las formas poéticas más breves y, al mismo tiempo, más intensas de la literatura. Nació en Japón y, a lo largo de los siglos, se ha convertido en un género universal. Su fuerza no está en la extensión, sino en la capacidad de capturar un instante y transformarlo en una experiencia estética. Si pensamos en la poesía como una pintura, el haiku sería una acuarela minimalista: con pocas pinceladas logra transmitir un paisaje completo.

El haiku tradicional se compone de tres versos con un total de 17 sílabas, distribuidas en 5, 7 y 5. Esta métrica sencilla esconde un gran desafío, porque obliga al poeta a elegir con precisión cada palabra. No hay espacio para adornos ni frases superfluas; cada sílaba cuenta. La brevedad, lejos de ser una limitación, se convierte en un estímulo creativo: obliga a destilar la emoción o la imagen hasta su esencia más pura.

El tema central del haiku es la contemplación de la naturaleza y de la vida cotidiana. No se trata de describirla de manera extensa, sino de capturar un momento fugaz. Bashō, uno de los maestros japoneses del género, escribió:

*Viejo estanque.
Salta una rana,
ruido de agua.*

En apenas tres versos, el poeta transmite el silencio del paisaje, la súbita acción de la rana y el eco del agua. Lo que en otro tipo de poema ocuparía decenas de líneas, aquí se concentra en una escena mínima, pero cargada de significado.

El haiku no busca explicar ni convencer; invita a observar y sentir. Por eso se relaciona con la idea de “instante eterno”: un segundo que, al ser contemplado con atención, encierra toda una experiencia vital. Si pensamos en la vida como una película, el haiku sería la pausa en cámara lenta que resalta un detalle que normalmente pasaría desapercibido.

Aunque el haiku clásico se centra en la naturaleza, su esencia puede trasladarse a otros temas contemporáneos. Hoy en día, hay haikus que capturan escenas urbanas, emociones personales o reflexiones sobre la tecnología. Lo importante no es el tema en sí, sino la mirada contemplativa y la capacidad de sugerir con muy poco.

Un ejemplo moderno podría ser:

*Pantalla azul.
Mensajes que no llegan,
silencio en casa.*

Este haiku respeta la métrica y, al mismo tiempo, refleja una experiencia actual. En lugar de un paisaje natural, muestra una escena tecnológica cargada de emociones.

El haiku enseña que la poesía no necesita ser extensa para ser profunda. A través de la métrica ajustada, el enfoque en lo cotidiano y el poder de la contemplación, este género demuestra que unas pocas palabras pueden abrir universos enteros en la mente del lector.

9.2.1 Brevedad y contemplación

El haiku nos recuerda que no siempre hacen falta grandes discursos para transmitir una experiencia profunda. Su fuerza está en la brevedad, pero no en una brevedad vacía, sino en aquella que concentra lo esencial. Es como un sorbo de té verde: pequeño, pero capaz de dejar un sabor persistente. Cada haiku es una muestra de cómo unas pocas palabras pueden encerrar mundos completos si se eligen con cuidado.

La brevedad en el haiku no significa pobreza expresiva. Al contrario, se trata de una economía del lenguaje que obliga al autor a seleccionar con precisión cada sílaba. En la poesía occidental solemos encontrar versos largos y abundancia de metáforas, mientras que el haiku se parece más a un trazo de caligrafía japonesa: sencillo a primera vista, pero lleno de matices en cada línea. La dificultad está en que no se puede improvisar; todo exceso rompe la armonía.

La contemplación, por su parte, es el alma del haiku. Este género no busca narrar grandes gestas ni describir sentimientos exaltados, sino captar un instante concreto y ofrecerlo al lector como una invitación a detenerse. Un maestro zen diría que el haiku es un modo de “respirar con la mirada”. Lo que para muchos es un detalle insignificante —el vuelo de un pájaro, una gota de lluvia, el sonido del viento— se transforma en motivo de poesía.

Un ejemplo clásico es este de Yosa Buson:

*Mariposa blanca,
vuela en la brisa de mayo,
sobre los campos.*

Aquí no hay un argumento complejo ni metáforas elaboradas, solo la imagen serena de una mariposa en movimiento. El lector queda suspendido en esa contemplación, como si compartiera el instante con el poeta.

En contextos contemporáneos, la contemplación puede dirigirse hacia escenas urbanas o tecnológicas. Pensemos en un haiku inventado para ilustrar este punto:

*Semáforo rojo,
un niño cuenta estrellas
desde la acera.*

En tres versos se retrata una escena de ciudad y, al mismo tiempo, una pausa contemplativa. Lo cotidiano se convierte en poético cuando se lo observa con atención.

La combinación de brevedad y contemplación convierte al haiku en un ejercicio de precisión y sensibilidad. No se trata solo de escribir poco, sino de escribir lo justo y necesario para que el lector experimente un instante de claridad. En ese sentido, el haiku es como una ventana pequeña que, al abrirse, muestra un horizonte inmenso.

9.2.2 Recursos poéticos

Aunque el haiku se distingue por su brevedad y sencillez, no está desprovisto de recursos poéticos. Al contrario, se apoya en ellos para potenciar la fuerza de cada imagen y cada silencio. Es como un pintor que, con apenas tres colores, logra un cuadro que transmite más que una paleta completa. La clave está en la precisión: cada recurso se utiliza de manera sutil, sin saturar, pero con un efecto profundo.

Uno de los recursos más importantes es la imagen sensorial. El haiku suele apelar a la vista, al oído o al tacto para situar al lector en el instante contemplado. No dice “el día es hermoso”, sino que muestra un detalle que sugiere esa belleza. Por ejemplo, en un haiku de Bashō:

*El crisantemo,
olor que viene y pasa
con el otoño.*

Aquí, el olor de la flor transmite no solo la sensación física, sino también la fugacidad del tiempo. La experiencia sensorial se convierte en puerta de entrada a una reflexión más amplia.

Otro recurso fundamental es la sugerencia, que consiste en decir menos para que el lector imagine más. El haiku no ofrece explicaciones, sino que abre espacio para la interpretación. Es como si el poeta colocara una semilla en la mente del lector y lo invitara a dejarla germinar. De ahí que muchos haikus no incluyan emociones explícitas, pero logren conmover profundamente.

También es frecuente el uso del kigo, una palabra o referencia estacional que indica en qué momento del año ocurre la escena. El kigo no es solo un dato, sino un símbolo cultural: la nieve evoca silencio y pureza, la primavera trae renovación, el verano puede sugerir abundancia o cansancio. Por ejemplo:

*Nieve en la rama,
el gorrión se sacude
y todo tiembla.*

El recurso del kigo conecta la experiencia individual con el ciclo de la naturaleza, recordando que cada instante forma parte de un tiempo mayor.

Otro recurso es el contraste, que aparece cuando dos imágenes opuestas se colocan juntas para resaltar su efecto. Un ejemplo inventado sería:

*Ciudad en ruinas,
florece entre los muros
una violeta.*

El contraste entre destrucción y vida intensifica la emoción del haiku y lo vuelve memorable.

Está el uso del silencio implícito. En el haiku, lo que no se dice es tan importante como lo que se dice. Las pausas, los espacios vacíos y las omisiones actúan como recursos expresivos. El lector no recibe una explicación completa, pero sí la invitación a detenerse y reflexionar.

En conjunto, estos recursos muestran que la aparente sencillez del haiku esconde una gran riqueza poética. No se trata de acumular adornos, sino de elegir con cuidado aquellas imágenes, palabras y silencios que, en apenas tres versos, abran la puerta a una experiencia estética profunda.

Figura 3. Decálogo del microcuento



Nota. La figura presenta un conjunto de recomendaciones esenciales para la creación de microcuentos, subrayando la necesidad de condensar ideas, cuidar la estructura narrativa y generar un desenlace sorpresivo. Adaptado de Decálogo del microcuento, de autor no identificado, s. f., Pinterest: <https://www.pinterest.com/pin/5699937017926589/>

Para mirar ejemplos de microcuentos, visitar el siguiente link: <https://www.culturagenial.com/es/microcuentos/>

Referencias Bibliográficas

Aranguren, M. (2019). *Cómo escribir una novela desde cero*. Ediciones Rialp S.A.

Bal, M. (2014). *Teoría de la narratología: Una introducción a la narratología* (9a ed.). Cátedra.

Barella, J. (2015). *La magia de las palabras en la escritura creativa*. Universidad de Alcalá.

Bazán Elena. (2019). *Eres lo que escribes: Bases para una redacción efectiva*. Penguin Random House.

Capano, D. A. (2016). *Campos de la narratología: Teoría y aplicación*. Biblos.

Di Marco, M. (2013). *Atreverse a escribir*. Canela.

Eiras, et al. (2018). *Manual de lectura, escritura y oralidad académicas para ingresantes a la universidad*. Universidad de Quilmes.

Glavey, L. (2017). *Guía de escritura creativa*. Saga Egmont.

Gutiérrez, J. I. (2019). *Técnicas de interpretación y creación literarias*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Lara, M. A., & Argüelles Fernández, G. (2016). *Recetas para el misterio: Ensayos de escritura creativa*. Anthropos.

Martín, G. (2020). *Curso de redacción, teoría y práctica de la composición y del estilo*. Paraninfo.

Niño Rojas, V. (2014). *La aventura de escribir*. Ecoe.

Salas, C. (2017). *Storytelling, la escritura mágica. Técnicas para hacer que te lean*. Mirada mágica SLR.

Salmon, C. (2019). *Storytelling: La máquina de fabricar historias y formatear la mente*.

Urién, H. (2020). *El arte de contar bien una historia: 101 estrategias para el storytelling*. Alienta.

Vega Rodríguez, P. (2017). *Maravilloso y fantástico: Dos ámbitos de escritura*. Fragua.

Términos usados en la clase

Microcuento: Relato narrativo extremadamente breve que concentra personajes, acción y desenlace en pocas líneas, con frecuencia apoyado en la sugerencia y en un giro final que sorprende al lector.

Haiku: Poema breve de origen japonés, compuesto por tres versos de 5, 7 y 5 sílabas, centrado en la contemplación de un instante, generalmente relacionado con la naturaleza o la vida cotidiana.

Recursos de profundización

Título del recurso:

"Microcuento sin giro final"

Descripción del recurso:

Este recurso presenta un caso en el que un microcuento carece de sorpresa o desenlace inesperado, lo que debilita su impacto narrativo. Se propone una versión corregida que integre un giro final.

Desarrollo:

Microcuento original:

“María entró a la habitación y apagó la luz.”

El texto es breve, pero no genera tensión ni sorpresa. Funciona más como una oración descriptiva que como un relato literario.

Versión corregida:

“María entró a la habitación, apagó la luz... y la lámpara siguió encendida.”

Aquí, la acción final rompe la expectativa y convierte una escena cotidiana en un suceso inquietante, propio del microcuento.

Conclusión:

El microcuento requiere un cierre que sacuda al lector. El giro final, aunque breve, transforma una frase común en un relato con fuerza literaria.

Título del recurso:

"Haiku sin contemplación"

Descripción del recurso:

Este recurso analiza un haiku que no logra transmitir contemplación, pues se limita a enunciar una idea sin imágenes sensoriales. Se plantea una reformulación que recupere la esencia del género.

Desarrollo:

Haiku original:

“La vida es corta,
hay que aprovecharla bien,
eso es lo justo.”

Aunque breve, este texto enuncia una reflexión moral sin mostrar un instante concreto ni despertar imágenes poéticas.

Versión corregida:

“Hoja en el río,
la corriente la lleva,
tiempo que pasa.”

En esta versión, la imagen de la hoja flotando sugiere la fugacidad de la vida sin necesidad de explicarlo. El haiku mantiene la brevedad, pero incorpora contemplación y simbolismo.

Conclusión:

El haiku no debe limitarse a exponer una idea de manera directa; necesita mostrar una escena que invite al lector a detenerse, observar y reflexionar a través de la contemplación poética.



La excelencia no se improvisa

síguenos

